

# JACOBO RAUSKIN

## **Luz de una tarde lejana**

Por gusto de ver el cielo,  
pintaba yo un día el campo  
con bueyes, con lentas gentes,  
con duros caballos flacos.

Después, al volver al pueblo  
cuando el sol, ya bien entrado,  
sobre un árbol del camino  
se demoraba algún rato,

pude rozar el silencio  
del paisaje con la mano:  
eran las flores entonces  
las de una falda en verano.

Pintar, pintar de memoria  
a la joven de esos años.  
Pintarla, porque hoy la tarde  
deja su luz a un retrato.

Pintar así un sentimiento  
no extinguido, traer algo  
ahora de aquella vida  
dejando lo oscuro en claro.

## **Elegante profesional**

Muy joven, la modelo se ha convertido en página,  
en impecable fotografía sin palabras.  
Insiste en un perfecto nicho de la nada.  
Sólo quiere un respiro para seguir posando,  
inexpresiva, impersonal ante los fotógrafos.

## **Silos**

O camisas a cuadros o tractores.  
Tan falsa disyuntiva me recuerda  
que la pintura puede ser pobre  
y también multinacional.  
Pero ahora no pinto, pienso  
en el comercio que por aquí florece.  
Pienso en nosotros, aún vivos de milagro,  
porque vivir es un milagro en cualquier caso  
y con mayor razón en este territorio  
sojero y agrotóxico, no apático, patético.

## **Eros y Psique**

En la década del treinta,  
el doctor Freud, Segismundo,  
desterrado en Inglaterra,  
desarrolló un morbo oscuro,  
para no decir dichoso,  
por María, no de Habsburgo,  
pero sí, sí Bonaparte.  
Y la princesa ( no dudo  
de que así hubiera ocurrido )  
correspondió a Segismundo.  
Ambos cerraron sus vidas  
a los curiosos y al vulgo.

## **Aquel andén**

Entonces, a la gente la reunía  
aquel andén en pleno campo  
y el vapor de la locomotora era un poco de niebla.  
Quedan fotografías, telegramas, cuadernos.  
Queda un rayo de sol en los sombreros.  
Queda una damajuana con un embudo.  
Queda un par de zapatos nuevos y trompudos  
que su descalzo dueño lleva en la mano  
por temor a llevarlos puestos.  
Pero ya nadie espera

a la vera del tren.  
Quien esperó al amor de toda su vida,  
no esperó sino un día.  
Quien espero dinero, lo recibió.  
Quien esperó el don de escribir un poema,  
fue a recibirlo y tuvo vergüenza.  
Quien esperó a los insurrectos,  
vio al tren pasar de largo.  
Unos vieron en el cielo señales de cambio  
y otros vieron nacimientos, muertes.  
Y una tarde, cuando mi madre era una niña,  
mi abuelo se moría y lo acostaron en una  
zorra del tren:  
llegó a tiempo para que le cerraran los ojos.  
Aquel andén, cien años atrás.  
Aquel andén  
en el que un cántaro de agua  
era una atenta muestra  
de gentileza ferroviaria.  
Ofrecía el sabor arcádico de la sed  
cuando alguien a sí mismo se veía  
mirando al cielo desde el agua.